



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 25 – 3 de julio de 2015

¿QUIÉN ES EL HOMBRE? Concepto del hombre en José Antonio

Enrique de Aguinaga

Catedrático. Intervención en la Escuela de Verano de Plataforma 2003 y Fundación José Antonio, junio 2015

1. Canto del cisne

De oírseles a Ortega en el Ateneo, hace sesenta y nueve años (1946), me han quedado, escritos en la frente, aquellos versos de hace ochocientos años: «*Viejo que venís el Cid, viejo venís y florecido*»

¿Qué más quisiera yo?

Jaime me resucita para disertar sobre *El concepto del hombre en José Antonio*, sabiendo, por lo menos, que no improviso porque mi primer artículo sobre José Antonio, publicado hace setenta años, setenta años he dicho, se titula precisamente *José Antonio, el hombre*.

Y además no improviso porque todas las mañanas me hago la pregunta que titula esta ponencia *¿Quién es el hombre?* Y no solo me la hago sino que la derivo.

Jaime la propone, después de rechazarla como *¿Qué es el hombre?* Efectivamente, el hombre no es objeto (qué) sino sujeto (quién). Pero yo avanzo más y me pregunto, como todos los días, *¿Quién soy yo?* pensando que si mantengo el *¿Quién es el hombre?* me deshumanizo, en cuanto que la formulo desde fuera, como si yo no lo fuera.

La cuestión viene de antiguo. En mi remota juventud, muchos recibimos el impacto de un libro del doctor Alexis Carrel, premio Nobel, señalado por el polémico estudio de las curaciones de la gruta de Lourdes. El libro, publicado en 1935, se titulaba *L'homme, cet inconnu* (*El hombre, ese desconocido*) traducido al español como *La incógnita del hombre*, esa incógnita que se expresa con la recurrente pregunta de todos los días: *¿Quién soy yo?*

Todo esto puede parecer retorica. Pero necesaria, porque debemos partir de la certeza de que yo, hombre, como cada uno de los hombres que son, han sido y serán, tengo el mundo a mi alrededor y todos y cada uno somos ejes del mundo, aunque no lo hayamos pensado o lo pensemos de otro modo.

2. Componentes del hombre

Componentes de todos los hombres, por supuestísimo, sin distinción de sexo: Componentes de la Humanidad. Componentes también de la Hombría, mejorando el uso del lenguaje.

Por eso, por favor, erradiquemos la usual dicotomía: *hombre y mujer. Las mujeres y los hombres. Los hombres y las mujeres*. ¡Qué disparate! Varón y mujer es lo justo. Todos hombres.

Thomas Carlyle (1795-1881), creador de la doctrina del Gran Hombre, del Héroe y del culto al héroe, asume el pensamiento místico de Novalis (1772-1801), poeta del romanticismo. «*No hay más que un templo en el Universo que es el cuerpo del hombre. Nada más sagrado que esta forma superior. Inclinarsse ante ella es como reverenciar la revelación de la carne* (Los héroes: Ediciones Orbis, Barcelona, 1985, p. 41).

Claro está que la primera palabra es de San Pablo a los Corintios (I, 6.19): «¿No sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios y no os pertenecéis? ¡Habéis sido bien comprados! Glorificad por tanto a Dios en vuestro cuerpo».

Y dice más San Pablo, a los tesalonicenses (I,5.23): «Que todo vuestro ser, el espíritu, el alma y el cuerpo, se conserve sin mancha hasta la Venida de Nuestro Señor Jesucristo».

La *Biblia de Jerusalén* explica: «es la única vez que esta visión tripartita del hombre aparece en San Pablo. Además del cuerpo y del alma aparece el espíritu que puede ser el principio divino de la nueva vida en Cristo o, mejor, la parte más elevada del hombre, abierta también a la influencia del Espíritu Santo».

Evidentemente, en temas de tal envergadura filosófica y teológica, yo me tengo que limitar a su enunciado.

En este punto y con este talante, señalo a Pedro Laín Entralgo (1908-2001), criado en José Antonio, con su provocador *No tenemos cuerpo, somos cuerpo*, teniendo en cuenta su admirable indagación, cumbre de su vida, con tres libros importantes: *El cuerpo humano. Teoría actual* (1989), *Cuerpo y alma* (1991) y *Alma, cuerpo y persona* (1994).

3. Cosmovisión

Explico a mis nietos los tres planos de la existencia: 1, Universo; 2, Naturaleza; 3, Hombre.

1. En el Universo, por definición infinito, una partícula microscópica, la Tierra en que vivimos, es, sin prueba científica en contrario, sin prueba científica en contrario (repito) la única residencia de vida y, más aun, de vida inteligente (repito) en el Universo infinito. Pongamos aquí todas las admiraciones que quepan en nuestra imaginación.

2. La Naturaleza es una ingente suma de maravillas misteriosas (la actividad de los volcanes, la función clorofílica o el vuelo del colibrí). A mis nietos, la represento en el banco de un millón de sardinas, que ante la presencia del tiburón, escapan sincrónicamente, en ondulaciones majestuosas, a gran velocidad, sin el menor tropiezo. Pongamos aquí todas las admiraciones que quepan en nuestra imaginación.

Y 3. El Hombre, esa maravilla de las maravillas. Mi oncólogo, doctor Lobo, me confesaba que había llegado a Dios por el estudio del oído interno, donde unas cápsulas microscópicas, con unos líquidos microscópicos, gobiernan el equilibrio y los movimientos del cuerpo y de todos sus miembros. Pongamos aquí todas las admiraciones que quepan en nuestra imaginación.

No un hombre primitivo sino Emanuel Kant, nada menos, en 1788, resume todo su glorioso saber diciendo: «Dos cosas hay que inundan el ánimo con asombro y veneración, siempre nuevas y que se hacen mayores cuanto más frecuente y determinadamente se ocupa de ellas nuestra meditación: el cielo estrellado sobre mí y la ley moral dentro de mí».

En este marco universal, que a todos atañe, ¿cuál es el concepto del hombre en José Antonio?

Vamos a ver. Por encima de todas las complicaciones con que nos ha provocado Jaime, es muy sencillo. Para el fascismo el referente es el Estado. Para José Antonio el referente es el hombre, el individuo.

De momento, con esta idea, la contumaz caricatura fascista de José Antonio queda sin sentido, fosilizada en un tiempo determinado, tiempo de entreguerras, en que el mundo próximo se divide en una

alternativa dominante: fascismo o comunismo. José Antonio abre una tercera vía, a la vez que propone pasar de un orden decadente a un nuevo orden, basado en el hombre, en el individuo

Eugenio Montes, su camarada y amigo compenetrado, escribe de José Antonio esta exclamación: «¡Que tuviese que pasar por fascista el alma más liberal que haya existido...!». («Nunca Jose Antonio será ceniza», diario *Arriba*, 1 de octubre, 1945).

Subrayo, con Jaime, la evidencia de que en José Antonio abunda la sinonimia de *hombre* e *individuo*, mientras escasea la denominación del hombre como *persona*, quizá por su significación jurídica en la que persona humana convive con otros tipos de persona.

4. Origen del hombre

Leo la *Biblia de Jerusalén*, Génesis, capítulo 1, versículo 26: «Dijo Dios: Hagamos el hombre a imagen nuestra, según nuestra semejanza y dominen en los peces del mar, en las aves del cielo, en los ganados y en todas las alimañas y en toda sierpe que serpea sobre la tierra».

Anota la Biblia que *hombre* es nombre colectivo (la humanidad) y de ahí el plural *dominen*. Y sigue el versículo 27: «Y creó Dios el hombre a imagen suya. A imagen de Dios le creó. Macho y hembra los creó».

Veamos esto mismo en el lenguaje filosófico de Xavier Zubiri: «No existen Dios y el hombre, como existen el Sol y la Luna... no es una *i* griega meramente copulativa... Pero tampoco es una especie de causalidad eficiente... sino que es una presencia de Dios en las cosas, constituyéndolas como realidades. Y, en el caso de las personas humanas, es algo que está constituyendo mi remisión al fundamento divino de mi propia realidad personal, en la configuración de mi propio yo».

»Es una realidad que está justamente fundando. Fundantemente es como está Dios en el fondo de las cosas y, más especialmente, en el fondo de las personas... He aquí la radical unidad de Dios y de la persona humana... La *i* griega indica ser el hombre experiencia de Dios. No es una *i* griega copulativa, sino una *i* griega experiencial... Decir que el hombre es experiencia de Dios significa que el hombre, en su propia realidad personal, está experimentando la realidad de Dios... Por razón de Dios, Dios es experiencia del hombre; por razón del hombre, el hombre es experiencia de Dios» (*El hombre y Dios*, Alianza Editorial, Madrid, 1984, pp. 309-310).

Por resonancia de ideas, recuerdo en los años setenta, mi catecumenado en la iglesia del Espíritu Santo, donde me enseñaron Karl Rahner, el *Catecismo Holandés* y que *Dios es la profundidad del ser*.

Más asequible, Zubiri nos dice que *el hombre es una forma finita de ser Dios*.

Forma finita y, además, limitada, como añade José María Sánchez-Silva cuando se dirige a los niños de las escuelas de Madrid (1963): «Habréis visto que yo también creo en Dios. Os voy a explicar por qué. Los hombres creemos ser tan listos porque inventamos grandes cosas: el teléfono, la radio, el automóvil, la navegación aérea... Muy bien. Pero yo me digo ¿y la cebolla? ¿Quién ha inventado la cebolla, la naranja, el clavel, la estrella, el caracol, la pantera, la lluvia, la montaña, el mar. ¡Caramba, tan listos como somos y todavía no podemos fabricar una simple patata! Por eso creo en Dios», concluye el gran José María.

Cincuenta años después de esta escena escolar, otros menores participan en la reyerta futbolística del río Manzanares (diciembre de 2014) y se regodean con la horrenda muerte de un contrario. Uno de los menores, orgulloso de la hazaña, deja en su móvil un *whatsapp* estremecedor hasta la náusea, teología brutal: «Ahora mismo somos como los putos dioses».

5. El hombre, el individuo, en José Antonio

Veamos cronológicamente una antología de definiciones de José Antonio.

«Solo se respeta la libertad del hombre cuando se le estima como nosotros le estimamos portador de valores eternos, cuando se le estima envoltura corporal de un alma que es capaz de salvarse o

condenarse» («Discurso del Teatro de la Comedia», 29 de octubre, 1933).

«Falange Española considera al hombre como un conjunto de un cuerpo y un alma; es decir como capaz de un destino eterno, portador de valores eternos. Así pues el máximo respeto se tributa a la dignidad humana, a la integridad del hombre y a su libertad» («Puntos iniciales», 7 de diciembre, 1933).

«La dignidad humana, la integridad del hombre y su libertad son valores eternos e intangibles» («Norma programática de FE de las JONS», noviembre, 1934).

«Óiganlo los que nos acusan de profesar el panteísmo estatal [fascismo]. Nosotros consideramos al individuo como unidad fundamental, porque éste es el sentido de España que siempre ha considerado al hombre como portador de valores eternos» («España y la barbarie», Valladolid, 3 de marzo, 1935).

«Afirmación del ser individual del hombre (portador de valores eternos). Negar esta realidad primaria del hombre como ser libre contradice todo el sentido de nuestra civilización occidental y todo el entendimiento cristiano del mundo» («Esquema: estado, individuo, libertad», 28 de marzo, 1935).

«No puede haber un Estado fuerte y organizador sino al servicio de una gran unidad de destino que es la Patria y entonces ved como todo funciona mejor, ved como se acaba esa lucha titánica, trágica entre el hombre y el Estado que se siente opresor del hombre. Cuando se logre eso sabremos que en cada uno de nuestros actos estamos sirviendo a la par que nuestro modesto destino individual, el destino de España y de Europa y del mundo, el destino total y armonioso de la Creación» («Ante una encrucijada en la historia política y económica del mundo», Madrid, 9 de abril, 1935).

José Antonio, en fin, utiliza la expresión *El individuo portador de un alma* en dos ocasiones próximas: los discursos de Madrid (Cine Madrid) y de Sevilla (Frontón Betis), de 17 de noviembre y 22 de diciembre de 1935, respectivamente.

6. Inserción del hombre, del individuo, en su entorno

Desde una visión falangista, Pedro Laín Entralgo responde a la pregunta *¿Qué es para nosotros el hombre?*: «El hombre es un ser cuya naturaleza, a un tiempo física y espiritual, mortal e imperecedera, consiste en tener que ir expresándose libre, limitada y creadoramente, en una biografía, esto es, en una historia personal conexas con una historia colectiva y en conseguir a la postre, por obra de esa libertad, un destino de salvación eterna o condenación» («Idea falangista del hombre», *Revista Cisneros*, número 2, 1943).

El hombre, el individuo, así calificado, como ser histórico, es para José Antonio un punto de partida: «La construcción de un orden nuevo la tenemos que empezar por el hombre, por el individuo, como occidentales, como españoles y como cristianos» (Cine Madrid, 19 de mayo, 1935).

«Cuando el mundo se desquicia no se puede remediar con parches técnicos. Necesita todo un nuevo orden. Y ese orden ha de arrancar, otra vez, del individuo» («España y la barbarie», Valladolid, 3 de marzo, 1935).

«La revolución total, la organización total de Europa, tiene que empezar por el individuo» («Ante una encrucijada en la historia política y económica del mundo», Madrid, 9 de abril, 1935).

7. Religiosidad de José Antonio

Estas ideas sobre el hombre y su inserción en la sociedad provienen de la actitud religiosa de José Antonio. Este aspecto, muchas veces postergado por la urgencia selectiva de la política, está teniendo ahora un realce dominante, que se puede interpretar como consecuencia positiva de la negativa proscripción que condena lo joseantoniano.

Entre paréntesis y a propósito de la proscripción de lo joseantoniano, es oportuno y consolador el siguiente párrafo del prólogo de Josep Farrán (1883-1955) a *Los héroes* de Carlyle: «Uno de los hechos más tristes de la historia que se repite en todas las épocas y lugares, es este de la Persecución, el Estorbo, la Destrucción por los hijos de las tinieblas en su loca Voluntad de Potencia, de los hombres

mejores y más puros que ha producido la Humanidad. Pero este dolor, esta opresión, son acaso el precio de su dignidad y de su gloria y el mayor baldón y castigo para los otros, los que no aman, no pueden amar, la Verdad, la Bondad y la Belleza, porque “han perdido el bien del intelecto”» (*Los héroes*, p. 24).

Cuando José Antonio es objeto de un atentado fallido, el periodista González Ruano le pregunta: «¿Por qué hubiera usted sentido más morir esta tarde?». José Antonio le responde: «Por no saber si estaba preparado para morir». Y añade una declaración poco periodística, poco juvenil: «La eternidad me preocupa hondamente. La eternidad me preocupa hondamente» («Entrevista», *ABC*, 11 de abril, 1934).

En un libro reciente de Álvaro Rodríguez Núñez, se lee: «José Antonio era un ferviente católico que adopta el catolicismo como elemento básico de su proyecto político» (*La legitimación política del franquismo*, Editorial CSED, Astorga, 2014, p. 199).

Un sacerdote, Cecilio de Miguel Medina, ha analizado metódicamente y por extenso la personalidad religiosa de José Antonio. El libro, con prólogo de Pilar Primo de Rivera, resulta indispensable a este propósito. Se divide en cuatro partes: 1. Vida cristiana de José Antonio; 2. Perfil humano; 3. Pensamiento religioso de José Antonio y 4. José Antonio y las ideologías políticas de la Segunda República (*La personalidad religiosa de José Antonio*, Editorial Almena, Madrid, 1975).

En las *Obras Completas* del Instituto de Estudios Políticos (1976) se incluye un apéndice que, con el título de *La religiosidad de José Antonio*, recoge cinco vivencias de quien a sí mismo se definía como *católico convencido* (*Escritos y discursos. Obras completas de José Antonio Primo de Rivera. 1922-1936*. Instituto de Estudios Políticos, 1976, pp. 1210-1211).

El mismo José Antonio, próximo a la muerte escribe: «Todo proceso histórico es, en el fondo, un proceso religioso. Sin descubrir el substratum religioso no se entiende nada. La presente situación del mundo es, ni más ni menos, la última consecuencia de la Reforma» («Cuaderno de notas de un estudiante europeo», ¿septiembre de 1936?, en *Papeles póstumos de José Antonio*, Miguel Primo de Rivera, Plaza y Janés, Barcelona, 1996, p. 168 y ss.).

Muy sorprendente, en su contexto, es que en los puntos iniciales de un programa político (punto VIII) José Antonio haga esta declaración catequética: «Falange Española no puede considerar la vida como un mero juego de factores económicos. No acepta la interpretación materialista de la Historia. Lo espiritual ha sido y es el resorte decisivo en la vida de los hombres y de los pueblos.

»Aspecto preeminente de lo espiritual es lo religioso. Ningún hombre puede dejar de formularse las eternas preguntas sobre la vida y la muerte, sobre la creación y el más allá. A esas preguntas no se puede contestar con evasivas: hay que contestar con la afirmación o con la negación. España contestó siempre con la afirmación católica. La interpretación católica de la vida es, en primer lugar, la verdadera; pero es además, históricamente, la española. Por su sentido de catolicidad, de universalidad, ganó España al mar y a la barbarie continentes desconocidos. Los ganó para incorporar a quienes los habitaban a una empresa universal de salvación.

»Así, pues, toda reconstrucción de España ha de tener un sentido católico. Esto no quiere decir que vayan a renacer las persecuciones contra quienes no lo sean. Los tiempos de las persecuciones religiosas han pasado [Hay un tiempo imprevisto]. Tampoco quiere decir que el Estado vaya a asumir directamente funciones religiosas que corresponden a la Iglesia. Y menos que vaya a tolerar intromisiones o maquinaciones de la Iglesia con daño posible para la dignidad del Estado o para la integridad nacional. Quiere decir que el Estado nuevo se inspirará en el espíritu religioso católico tradicional en España y concordará con la Iglesia las consideraciones y el amparo que le son debidos» («Puntos iniciales», 7 de diciembre, 1933).

No es cierto, como se repite, que José Antonio sea autor de la arcaica expresión *Mitad monje, mitad soldado*. Su discurso verdadero dice: «No hay más que dos maneras serias de vivir: la manera religiosa y la manera militar (o, si queréis, una sola, porque no hay religión que no sea una milicia ni milicia que no esté caldeada por un sentimiento religioso), y es la hora ya de que comprendamos que con ese sentido religioso y militar de la vida tiene que restaurarse España» («Intervención parlamentaria», 6 de

noviembre, 1934).

Ya en el siglo XXI, es notable el análisis de Ignacio Sotelo, catedrático de Ciencia Política de la Universidad Libre de Berlín, miembro que fue del Comité Federal del PSOE y coincidente con el último Dionisio Ridruejo del que toma la expresión *Falange ideal*.

Es la *Falange ideal* la que, según Ignacio Sotelo, superando las antinomias anteriores, que hacen de la Guerra Civil una guerra de religión, se propone la integración de *lo católico y lo moderno* en sentido histórico («La España problemática de Pedro Lain, Ignacio Sotelo, diario *El País*, 6 de septiembre, 2001).

Sin autoridad alguna, me permito considerar que esta idea (integración de lo católico y lo moderno) no desdice en el José Antonio de la síntesis de derecha e izquierda, signo de síntesis más amplia: patria y revolución, derechos de la persona y solidaridad social, conservadurismo y progresismo, capitalismo y comunismo, orden de libertad y sistema de justicia y, en general, todas aquellas dicotomías que puedan ser objeto de la integración cristiana del orden natural y del orden espiritual en una empresa comunitaria.

8. Postrimerías

Lógicamente, es en las postrimerías (el portentoso testamento y las últimas cartas) donde el humanismo y la religiosidad de José Antonio se subliman.

Partamos de la primera clausula de su testamento: «Deseo ser enterrado conforme al rito de la religión Católica, Apostólica, Romana, que profeso, en tierra bendita y al amparo de la Santa Cruz» («Prisión provincial de Alicante», 18 de noviembre, 1936).

Antes, la exposición previa, arranca con esta sobrecogedora naturalidad: «Condenado ayer a muerte, pido a Dios que si todavía, no me exime de llegar a ese trance, me conserve hasta el fin la decorosa conformidad con que lo preveo y, al juzgar mi alma, no le aplique la medida de mis merecimientos, sino la de su infinita misericordia».

Y así concluye: «Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas calidades entrañables, la patria, el pan y la justicia.

»En cuanto a mi próxima muerte, la espero sin jactancia, porque nunca es alegre morir a mi edad, pero sin protesta. Acéptela Dios Nuestro Señor en lo que tenga de sacrificio para compensar en parte lo que ha habido de egoísta y vano en mucho de mi vida. Perdono con toda el alma a cuantos me hayan podido dañar u ofender, sin ninguna excepción, y ruego que me perdonen todos aquellos a quienes deba la reparación de algún agravio grande o chico».

El testamento está fechado el 18 de noviembre de 1936. Al día siguiente José Antonio escribe unas cartas de despedida. En total, doce. A los efectos de lo que estamos tratando nos importan, sobre todo, tres de ellas.

La primera es la que escribe a su amiga Carmen Werner, a la que dice: «Tengo sobre la mesa, como última compañía, la Biblia que tuviste el acierto de enviarme a la cárcel de Madrid. De ella leo trozos de los evangelios en estas quizá últimas horas de mi vida... Ayer hice una buena confesión».

La segunda carta es la que escribe a Rafael Sánchez Mazas. Le dice: «Te confieso que me horripila morir fulminado por el trallazo de las balas, bajo el sol triste de los fusilamientos, frente a caras desconocidas y haciendo una macabra pirueta. Quisiera haber muerto despacio, en casa y cama propias, rodeado de caras familiares y respirando un aroma religioso de sacramentos y recomendaciones de alma, es decir, con todo el rito y la ternura de la muerte tradicional. Pero ésta no se elige: Dios, quizá quiera que acabe de otro modo. Él acoja mi alma (que ayer preparé con una buena confesión) y me sostenga para que la decorosa resignación con que muera no desdiga junto al sacrificio de tantas muertes frescas y generosas como tú y yo hemos conmemorado juntos».

La tercera carta es la que dirige a su tía Carmen, monja carmelita, que transcribo completa:

«Queridísima tía Carmen: Dos letras para confirmarte la buena noticia, la agradable noticia, de que estoy preparado para morir bien, si Dios quiere que muera, y para vivir mejor que hasta ahora, si Dios dispone que viva. Como cualquiera de los dos resultados se ha de deber mucho a tus oraciones, te mando muchísimas gracias con este mi último y cariñoso abrazo. No te digo que pidas por mí, porque sé que lo harás sin descanso, y que moverás a hacerlo a tus hermanas en religión, cuya inagotable caridad, tal vez algunas veces, abra paso al deseo retrospectivo de no haber tenido en la Comunidad una monja perteneciente a familia tan agitada [Nótese, aun en esta tremenda situación, la elegante ironía de José Antonio]. Dentro de pocos momentos ya estaré ante el Divino Juez, que me ha de mirar con ojos sonrientes. Te abraza otra vez y te quiere mucho tu sobrino, José Antonio. P. Como no eres joven, pronto nos veremos en el cielo».

Hay que terminar.

José Antonio tenía en la pared de su despacho de abogado el poema *If* de Ruyard Kipling. Sirvan de colofón los ocho últimos versos del poema, según la traducción de Jacinto Miquelarena:

Si hablas con el pueblo y guardas tu virtud.
Si marchas junto a reyes con tu paso y tu luz.
Si nadie que te hiera, llega a hacerte la herida.
Si todos te reclaman y ni uno te precisa.
Si llenas el minuto inolvidable y cierto
de sesenta segundos que te lleven al cielo...
Todo lo de esta tierra será de tu dominio
y, mucho más aún: serás hombre, hijo mío.